NEW LEFT REVIEW 105

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2017

EDITORIAL

PERRY ANDERSON — La primavera francesa — 7

ARTÍCULOS

JULIAN STALLABRASS — Sobre las fotografías icónicas de la guerra — 33

TOM HAZELDINE — La revuelta de las áreas industriales deprimidas — 57

PATRICIA MCMANUS — De Huxley a Eggers — 89

OWEN HATHERLEY — Las capitales de Therborn — 117

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN — Extravagantemente: ¿un tribuno *tory*? — 145

ALICE BAMFORD — Desafiantemente: una liberal en la Guerra Fría — 154

TOM BARKER — Tranquilamente: neoprogresista — 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

Tom Hazeldine

LA REBELIÓN DE LAS ÁREAS INDUSTRIALES DEPRIMIDAS

En el espacio de menos de un año el orden político tradicional en Ukania ha recibido dos golpes demoledores sucesivos, un referéndum en el que la población votó, contra la voluntad expresa de la dirección de los tres partidos principales y de una abrumadora mayoría del Parlamento del país, por abandonar la Unión Europea; seguido por unas elecciones en las que el 20 por 100 de ventaja en los sondeos de opinión para el gobierno en funciones desapareció de la noche a la mañana, mientras el programa de oposición más radical visto desde el thatcherismo presentado por el líder más vilipendiado en la historia de los medios de comunicación del país, llegó lo bastante cerca de la victoria como para dar lugar a un Parlamento colgado, ahora confrontado con intensas negociaciones sobre las condiciones de salida de la UE. La consternación de la opinión burguesa ante la situación del Estado es el mejor registro del efecto de los dos seísmos. «La inestabilidad crónica –se lamentaba *The Economist*– se ha apoderado de la política británica» y será «difícil de superar». Los lectores tenían que preguntarse: «¿Qué puede salir de este caos?»[1]. La respuesta del *Financial Times* era un rictus sombrío: «La más sólida de las democracias se ha convertido en la caja de sorpresas del mundo occidental»[2].

[1] 10 de junio de 2017: «Gran Bretaña no es el único país que se tambalea por conmociones electorales», señalaba el periódico, pero sólo en el Reino Unido «la revuelta no ha dejado a nadie al frente».
[2] Janan Ganesh, «Theresa May's hubris robs Britain of stability», *Financial Times*, 9 de junio de 2017.

Porcentaje de votos a favor de abandonar la UE
Scotland
38%
Northern
Ireland
44%
North
East
58%
North
West
54%
Yorkshire &
Humberside
58%
East
Midlands
59%
West
Midlands
59%
East 56%
Wales
53%
London
40%
South East 52%
South West 53%
0
200 millas

Para entender la dinámica que ha generado esta situación, el punto de partida tiene que ser un análisis más detallado del patrón del Brexit. Como cualquier consulta popular, el referéndum de 23 de junio de 2016 puede desglosarse de varias maneras; pero a medida que el polvo ha empezado a asentarse, se destacan algunos hechos. La dinámica nacionalista produjo victorias a favor de la permanencia en la Unión Europea en Escocia e Irlanda del Norte, mientras que los 80.000 votos netos de ventaja en Gales partidarios del abandono supusieron tan sólo el 6 por 100 del margen ganador del Brexit. Cameron encontró su Singapur cerca de casa: todas las regiones de Inglaterra votaron por el abandono de la Unión Europea con la única excepción de Londres, después de que la anterior administración conservadora de John Major hubiera designado a la capital –hipertrofiada en tamaño, riqueza y autoestima– como región por derecho propio. En Londres y Escocia hubo un apoyo más que suficiente a la UE para compensar tanto la modesta ventaja de los votos partidarios del abandono depositados en el sur de Inglaterra como el fuerte euroescepticismo de los condados orientales. Pero por encima de esos reveses, los seis millones de votos a favor del Brexit emitidos en las regiones históricamente industriales de Inglaterra resultaron indigeribles. De las setenta y dos áreas de recuento en el Norte, menos de una docena respondió a la llamada del gobierno conservador, la oposición laborista, Obama, Merkel y el FMI en apoyo del *statu quo* europeo. Si las tres regiones del norte de Inglaterra –North East, North West, Yorkshire y Humber– y las West Midlands hubiesen sido excluidas del recuento, la opción por la permanencia habría ganado por 200.000 votos en lugar de acabar con una pérdida de 1,3 millones de los mismos. En 2014 Vernon Bogdanor –un habitual de la televisión en programas sobre los misterios de la constitución británica– declaró con confianza que había poco sentimiento regional en Inglaterra, asegurando a *The New York Times* que «las regiones son fantasmas»[3]. Si era así, ¿podía Ukania sentirse amenazada por ellas?

Esta revista ha esclarecido que la votación del Brexit puso al descubierto un conjunto de fracturas entrelazadas: nacional, regional, social e ideológica[4]. Nacional: el contraflujo de los votos partidarios de la permanencia expresados en Escocia e Irlanda del Norte. Regional: Londres y el South East cuentan con la mayor producción económica per cápita del Reino Unido y

---

[3] Vernon Bogdanor, «Cameron's English Problem», *The New York Times*, 3 de octubre de 2014.
[4] Susan Watkins, «Casting Off?», *NLR* 100, julio-agosto de 2016, pp. 5-31; ed. cast.: «¿Soltando amarras?», *NLR* 100, septiembre-octubre de 2016, pp. 7-38.

allí se obtuvieron los mejores resultados en pro de la permanencia –60 y 48 por 100 respectivamente– fuera de las naciones restauradas. Las Midlands, en marcado declive relativo en las últimas dos décadas, votaron con más firmeza a la inversa[5]. Social: el voto a favor del abandono estaba relacionado con niveles más bajos de educación, ingresos y grado ocupacional. Al mismo tiempo, la carga de racismo de la campaña por el abandono le negó al Brexit el apoyo de la mayoría de los votantes negros y de las minorías étnicas, así como de muchos socialistas de todo tipo[6]. Ideológico: no las regiones, que estaban vivas, sino los recuerdos, eran los fantasmas reales en Inglaterra, fantasmas de la industria y del imperio. Al igual que los principales partidarios del abandono, los ricos pensionistas de John Bull en los condados *tories* prefieren su capitalismo accionista envuelto en la Union Jack.

Pero si bien la división Norte-Sur no es la única línea de fractura en Inglaterra, no es casualidad que la periferia desindustrializada se alineara contra la elite de Londres en el referéndum, sellando el destino de la permanencia en la Unión Europea. Culturalmente la división regional puede no ser tan pronunciada, ya que las identidades provinciales han sido niveladas por un milenio de gobierno centralizado y el efecto moderno de poderosas instituciones como el conglomerado de la prensa nacional en el pasado y después la BBC; lo que más vincula al Norte es la tradición industrial y el descontento político, pero se muestra en toda la gama de indicadores socioeconómicos: producción, empleo, ingresos, precio de la vivienda, educación, esperanza de vida. Las estadísticas agregadas revelan una fisura que se extiende de este a oeste entre los estuarios del Humber y el Severn, anclando las regiones de North East, North West Norte, las West Midlands, excepto Warwickshire y los condados de Derbyshire y Nottinghamshire situados en las East Midlands, en la zona de desventaja económica relativa. Una grieta tan marcada no puede dejar de tener consecuencias subjetivas. Sólo uno de cada diez habitantes del Norte y las Midlands cree que Londres no recibe un trato preferencial sobre la mayoría de las demás regiones del Reino Unido[7].

---

[5] Entre 1997 y 2015, el valor agregado bruto per cápita cayó del 90 al 83 por 100 del promedio del Reino Unido en las East Midlands y del 90 al 82 por 100 en las West Midlands, siendo las caídas más pronunciadas en el continente. En Irlanda del Norte cayó nueve puntos, al 73 por 100; datos de la Office for National Statistics, «Regional gross value added (income approach), UK: 1997 to 2015», 15 de diciembre de 2016, cuadro 3.

[6] Kirby Swales, «Understanding the Leave vote», NatCen Social Research, diciembre de 2016, p. 7; Michael Ashcroft, «How the United Kingdom voted on Thursday… and why», Lord Ashcroft Polls, 24 de junio de 2016. En oposición a las opiniones del «Lexit» en la votación, veánse las contribuciones de Neil Davidson, David Renton y Ed Rooksby al sitio web *Jacobin*, 22 de junio de 2016.

[7] Danny Dorling, «Persistent North-South divide», en Neil Coe y Andrew Jones (eds.), *The Economic Geography of the UK*, Londres, 2010, pp. 24-25; Survation, «Devolution poll», 26 de febrero de 2015, cuadro 3.

Eclipse del Norte

Los efectos de la desmesura de Londres con respecto al resto del país han sido, por supuesto, una característica histórica del paisaje nacional. «[La capital] construyó y orientó Inglaterra de principio a fin», según Fernand Braudel[8]. El carácter dual del capitalismo británico se hizo distintivo en los tiempos modernos, dividido entre la industria septentrional –el sistema fabril laxamente regulado creado en Lancashire durante y después de las Guerras napoleónicas– y el comercio metropolitano[9]. Una City volcada hacia el exterior y una clase de inversionistas ingleses, en gran parte ubicados en el sur, cosecharon los beneficios del mercantilismo aventajado del Reino Unido para canalizar los bienes y fondos mundiales a través de los muelles y las empresas financieras y contables de la capital, pero indiferentes ambos a un complejo manufacturero provincial, que se desarrollaría paralelamente a ellas. No menos decisiva sería la concentración del poder *político* dentro del triángulo de oro de Whitehall, Westminster y St James: una contrapartida del West End a la acumulación de poder *económico* en la Milla Cuadrada [Londres]. Tales siguen siendo los límites de la «Gran Bretaña formadora de opinión», desde donde las penalidades de las áreas deprimidas podían parecer, hasta el Brexit, una nimiedad[10].

En este contexto, las diferencias en la estructura económica empezaron a dañar de manera decisiva al norte de Inglaterra hace un siglo, en el traqueteado periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial. Lancashire, el West Riding, la costa de North East y el oeste de Cumberland recibieron grandes inversiones en las industrias de exportación victorianas, que se debatían ante montañas de deuda y un mercado mundial cada vez más reducido. La zona centro-occidental de Escocia y el sur de Gales estaban en situación parecida. Juntas llegaron a constituir una Gran Bretaña Exterior deprimida, basada en la industria pesada, alejada de la prosperidad consumista y de las industrias ligeras en auge del Sur y las Midlands. Después de 1945 se hizo imperativo para estas regiones cuajadas de chimeneas revisar su base fabril antes de reanudar la competencia con el exterior. Las industrias básicas, quemadas por la Gran

---

[8] Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XVe-XVIIIe Siècles*, vol. 3, *Le temps du monde*, París, 1979, p. 313; ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, vol. 3, El tiempo del mundo*, Madrid, 1984.
[9] Geoffrey Ingham, *Capitalism Divided? The City and Industry in British Social Development*, Basingstoke, 1984, p. 6.
[10] Andrew Adonis y Stephen Pollard, *A Class Act: The Myth of Britain's Classless Society*, Londres, 1997, p. 100.

Depresión, optaron en cambio por deslizarse sin esfuerzo aprovechando un mercado de compradores temporal. Crucialmente, tampoco hubo en esto ningún *dirigismo* de Westminster ni de la City. A diferencia de Europa y Japón, devastadas por la guerra, el Reino Unido no requería en absoluto una base industrial a gran escala y modernizada para recuperar una posición en el mundo. En su lugar, persistía la mentalidad imperial satirizada por Belloc: «Pase lo que pase, tenemos la ametralladora Maxim, y ellos no la tienen». El programa de armas nucleares legado por Attlee reafirmaba esa vanidad militar en condiciones muy cambiadas. La libra esterlina ofrecía otro «billete de acceso al club de los privilegiados»[11]. Entre las crisis monetarias de mediados de la década de 1960, Tom Nairn observaba que «el papel de banquero mundial ha demostrado ser el sector más duro y resistente del imperialismo»[12]. Si los apoyos deflacionarios necesarios para mantener una libra fuerte se contradecían con los requerimientos de inversión de la industria nacional, peor para éstos últimos. En términos relativos, el Norte ni siquiera se mantuvo a flote durante la «edad dorada del capitalismo», descendió su cuota en la producción nacional del 28 al 25 por 100 entre 1951 y 1971, mientras que la de Londres y el South East aumentó del 34 al 36 por ciento, duplicándose prácticamente la brecha entre ellos[13].

Una vez que el largo declive llevó a Thatcher al poder a finales de la década de 1970, la división se profundizó. Bajo su gobierno, los conservadores endurecieron la austeridad introducida por los laboristas de Callaghan; llevaron a cabo la reconversión industrial que Edward Heath había intentado una década antes; destruyeron despiadadamente al movimiento obrero responsable de derribar los dos últimos gobiernos; y completaron la transformación de la ciudad de Londres en capital de una oligarquía internacional desprejuiciada. Con una coalición electoral basada en la mitad meridional de Inglaterra –tres cuartas partes de los escaños conservadores fueron obtenidos en el Sur y en las Midlands, mientras la «riqueza generada por la creciente industria de servicios financieros de Londres ensombrecía las regiones vecinas»–, la Nueva Derecha cortó de raíz los disturbios en las ciudades, las huelgas del acero y del carbón y las protestas contra los recortes en los municipios del

---

[11] David Kynaston, *The City of London, vol. 4: A Club No More, 1945-2000*, Londres, 2002, p. 43.
[12] Tom Nairn, «Labour Imperialism», *NLR* 1/32, julio-agosto de 1965, p. 5.
[13] Frank Geary and Tom Stark, «What Happened to Regional Inequality in Britain in the Twentieth Century?», *Economic History Review*, vol. 69, núm. 1, 2016, cuadro 1.

norte y de Londres[14]. Los mineros de Scargill, en Yorkshire, tratando de combatir la idea de que «cualquier industria presente en la sociedad capitalista –ya sea del sector público o del privado– tiene derecho a destruir el sustento de hombres y mujeres esgrimiendo la firma de un contable», sufrieron una derrota aplastante, que demostró que Whitehall tenía al menos el poder de hacerlo. La legitimidad última del capitalismo no se volvería a cuestionar nunca hasta aquel punto[15].

Una cucharada de azúcar

«Fue en esta circunscripción donde creamos el Nuevo Laborismo», decía exultante Tony Blair en el Club Laborista Trimdon en Sedgefield, condado de Durham, en la noche de las elecciones de 1997[16]. Esto no era, sin embargo, estrictamente cierto. Con toda la razón, Thatcher afirmaba que el Nuevo Laborismo era su mayor logro: su estrategia esencial, según el ideólogo y alto dirigente del partido Peter Mandelson, parlamentario por Hartlepool, también en el condado de Durham, era «avanzar desde donde Margaret Thatcher lo dejó»[17]. Blair había sido seleccionado para el escaño de la cuenca hullera a principios de la década de 1980 gracias a sus conexiones de juventud y al apoyo del ala derecha del partido y de secciones sindicales. Para él era un simple paso adelante en pos de la capital. La vida de Blair giraba alrededor de Islington, «área emblemática para el aburguesamiento del norte de Londres», donde selló su pacto de liderazgo con Brown. «No te preocupes –le dijo al parecer Blair a un laborista londinense que se disponía a disputar una circunscripción del norte–, sólo tengo que subir una vez al mes. Tú puedes hacer lo mismo»[18].

Desde su escaño en Londres Blair ensalzaba un avance hacia la globalización económica que prestaba poca atención a los rezagados –«Los que vivirán en la decadencia. Los que añorarán el pasado»–, que podrían resistirse a él en la base obrera de su partido. El Nuevo Laborismo cabalgó con

---

[14] «Divided Kingdom», *The Economist*, 18 de septiembre de 2013.
[15] Discurso de Arthur Scargill en la conferencia del National Union of Mineworkers de 1985, impresa en «In Defence of the NUM», *Socialist Action*, sin fecha, p. 20.
[16] Tony Metcalf, «Blair's Britain», *Northern Echo*, 2 de mayo de 1997.
[17] Conor Burns, «Margaret Thatcher's greatest achievement: New Labour», ConservativeHome.com, 11 de abril de 2008; Peter Mandelson y Roger Liddle, *The Blair Revolution: Can New Labour Deliver?*, Londres, 1996, p. 1.
[18] Florence Faucher-King y Patrick Le Galès, *The New Labour Experiment: Change and Reform Under Blair and Brown*, Stanford, 2010, p. 10; Kevin Maguire, «In Blair's backyard, the natives stir», *New Statesman*, 15 de mayo de 2000.

entusiasmo el largo auge impulsado por el crédito centrado en Wall Street y la City. El primer acto de Brown en el Tesoro fue bruñir sus credenciales ante los mercados financieros, entregando el control de los tipos de interés al Banco de Inglaterra, para gran satisfacción de *The Economist*, que entendía que éste quedaba «libre al fin». El Banco pronto elevó los tipos del 6,25 al 7,5 por 100 para moderar la presión inflacionista en Londres y el South East, sobrevalorando aún más la libra en detrimento de los exportadores de las regiones industriales. «Estábamos tratando de provocar una desaceleración», les dijo el gobernador del Banco, Eddie George, a los periodistas provinciales durante un almuerzo, explicando que «el desempleo en el North East es un precio aceptable que debemos pagar para frenar la inflación en el Sur»[19], lo cual suscitó un gran escándalo. El alcalde de Sunderland, Bryn Sidaway, apodó al banco central británico «Bank of South East England». La North East England Chamber of Commerce dijo sentirse traicionada. Brown expresó su confianza en el gobernador y su apoyo en las difíciles decisiones que había tenido que tomar, prometiendo George ser más discreto en el futuro[20]. Bajo el Nuevo Laborismo, la producción de servicios financieros aumentó a una velocidad que duplicaba la tasa de crecimiento global, mientras que la contribución del sector industrial al valor agregado bruto del Reino Unido cayó del 19 al 10 por 100. En el Norte la industria disminuyó del 24 al 15 por 100 de la producción regional, con una caída aún mayor en la metalurgia de las West Midlands, del 27 al 13 por 100[21]. La desaparición en Birmingham de MG Rover, el último fabricante británico de automóviles, fue seguida por la retirada de Peugeot de su planta de Ryton en Coventry, cuando el gigante automotriz francés trasladó su producción a Eslovaquia.

El impacto de esta transformación se vio paliado, hasta cierto punto, por los estimulantes administrados por el Nuevo Laborismo para vaciar las economías regionales en forma de mayor gasto público, que aumentó anualmente más del 6 por 100 en términos reales entre 1999 y 2006, anonadando a los partidos de oposición –«inversión laborista frente a recortes conservadores»– y venciendo la resistencia a la mercantilización

---

[19] Paul Linford, «North jobs go to save South», *Journal*, 21 de octubre de 1998.
[20] «The Bank of South East England», *Journal*, 22 de octubre de 1998; Anthony Browne, «Southern comfort stings North», *The Observer*, 12 de septiembre de 1999; «Governor tries to douse North's fire», BBC, 22 de octubre de 1998; Treasury Committee, minutas del 26 de noviembre de 1998, HC 37-i & 37-ii, 1998-1999, Qu. 54.
[21] Stephen Burgess, «Measuring financial sector output and its contribution to UKGDP», *Bank of England Quarterly Bulletin*, 2011 Q3, p. 234; datos de la Office for National Statistics, «Regional GVA NUTS I», 10 de diciembre de 2014, cuadro 1.3.

de escuelas y hospitales. «Es una reforma a cambio de recursos», entonó el canciller, o en la inimitable versión de Blair, «una cucharada de azúcar ayuda a tragar la píldora»[22]. Según una estimación, los organismos públicos y los empleos estatales del sector privado representaban el 73 por 100 del aumento del empleo en el North East durante la década anterior a la recesión, el 67 por 100 en Yorkshire y Humber y el 62 por 100 en el North West[23]. La diferencia en las tasas de empleo entre el Norte y el resto de Inglaterra, que se había ampliado de cinco a seis puntos porcentuales durante la deflación de finales de la década de 1990, llegó a los dos puntos a finales de 2004, mientras se recuperaba la producción relativa per cápita en las regiones septentrionales[24].

Pero estos no eran el mismo tipo de empleos que disfrutaban las clases privilegiadas de la capital. El viaje de la Gran Bretaña Exterior a la City llevaba al viajero de una hambruna relativa a un festín indignante, donde el valor de los depósitos de los bonos de los 350.000 trabajadores de los servicios financieros de Londres alcanzó los 11,5 millardos de libras en vísperas de la crisis crediticia. «Y chico, todo ese afortunado, inmundo lucro, afecta a la vida en Londres», se emocionaba *The Telegraph*. «Ha alimentado un atavismo salivante que hace que el estilo de vida de los Beckham se considere positivamente espiritual»[25]. Escribiendo al final del *boom*, Doreen Massey negó que Londres hubiera funcionado como una «simple correa de transmisión para el neoliberalismo», señalando las fricciones creadas por las campañas de base contra él y los dos mandatos al frente de la alcaldía de Ken Livingstone, una pesadilla de izquierda blanda para Thatcher y Blair. Sin embargo, admitía, «la contienda en y por Londres [...] ya se ha mitigado en la actualidad». La City prosperó realmente bajo un Livingstone neutralizado. «Ya no hay un gran conflicto ideológico –dijo el alcalde defensivamente– y, en cualquier caso, no tengo ningún poder para intervenir en la redistribución de la riqueza en Londres»[26].

---

[22] Robert Chote *et al.*, «Public spending under Labour», IFS 2010 Election Briefing Note, núm. 5, p. 5; Andrew Grice, «Brown denies spending plans are a "huge gamble"», *The Independent*, 16 de julio de 2002; Tony Blair, *A Journey: My Political Life*, Londres, 2011, pp. 282-283; ed. cast.: *Memorias*, Madrid, 2011.

[23] Ismail Erturk et al «Accounting for national success and failure: Rethinking the UK case», *Accounting Forum*, vol. 36, 2012, cuadro 3.

[24] Office for National Statistics, «North of England economic indicators», 5 de noviembre de 2014, figura 3.

[25] Jasper Gerard, «The rise and rise of London», *The Telegraph*, 17 de febrero de 2007.

[26] Doreen Massey, *World City*, Cambridge 2007, pp. 12, 93; «Interview: Ken Livingstone», *Prospect*, abril de 2007.

En junio de 2007, cuando la némesis se aproximaba, Gordon Brown aprovechó su último discurso como ministro de Hacienda en la Mansion House [una de las sedes oficiales del municipio de Londres] para felicitar a los banqueros reunidos por «un periodo que la historia registrará como el comienzo de una nueva edad de oro para la City de Londres». James Cayne, presidente de Bear Stearns, dijo al *Financial Times*: «Londres ya no es la segunda ciudad [del mundo]. Ahora es tan rápida como Nueva York». La desregulación de Thatcher había expuesto a los descuidados bancos mercantiles británicos a las adquisiciones por competidores estadounidenses mucho mayores y más rentables, insertando a la City en el lucrativo sistema de Wall Street organizado en torno a la negociación especulativa, el apalancamiento extremo y la presencias de un sector bancario en la sombra compuesto de *hedge funds* y animado por el negocio de los productos derivados comercializados privadamente al margen de los mercados públicos regulados[27]. No sólo es que Londres hubiera llegado a ser tan rápido como Nueva York, sino que en cierto sentido lo era más aún. Dos quintas partes del aumento de la facturación (2.544 millones de dólares diarios) en derivados negociados fuera de los mencionados mercados regulados se contabilizaba ahora en Londres, gracias a sus reguladores y recaudadores de impuestos especialmente complacientes. Brown, en esencia, encargó al nuevo supervisor bancario del Reino Unido la promoción de negocios adicionales para la City, hasta el punto de que un magnate de los *hedge funds* consideraba que era «un placer trabajar con» la Autoridad de Servicios Financieros[28].

El Nuevo Laborismo hizo virtud de su patrocinio del capitalismo de casino, discutiendo con los desastrados distritos Blackpool y Beswick de Manchester Este sobre la concesión de la primera licencia para la apertura de supercasino en el Reino Unido, proyecto depredador bloqueado por el clero anglicano presente en la Cámara de los Lores[29]. Cuando llegó la crisis, su primera víctima fue un banco hipotecario hipertrofiado del North East de Inglaterra. El banco Northern Rock, con sede en Newcastle, una

---

[27] Peter Gowan, «Crisis in the heartland», *NLR* 55, enero-febrero de 2009, pp. 7-17; ed. cast.: «Crisis en el corazón del sistema», *NLR* 55, marzo-abril de 2009, pp. 5-29.
[28] Richard Roberts, *The City: A Guide to London's Global Financial Centre*, Londres 2008, cuadro 12.7; Philip Augar, *Reckless: The Rise and Fall of The City*, Londres, 2010, pp. 47-48, p. 122.
[29] «Las instituciones que pueden fomentar la criminalidad e intensificar la irresponsabilidad son pobres aliados en la regeneración social y cívica», advirtió el arzobispo de Canterbury, quien más tarde tuvo que hacer frente a acusaciones similares de los manifestantes de Occupy contra los asociados bancarios de la catedral.

de las dos únicas empresas ubicadas en la región incluidas en el FTSE [Financial Times Stock Exchange 100 Index], era el eslabón más débil de la cadena de oro de las finanzas. A instancias de los ministros conservadores, los financieros de la City y los inversionistas especuladores, Northern Rock se había incorporado a la carrera de la década de 1990 dejando de ser una sociedad de ahorro y préstamo inmobiliario para convertirse en un banco cotizado públicamente. Para compensar a su pequeña base de depositantes al por menor, aquel esforzado forastero se lanzó a la titulización, endeudándose contra las hipotecas empaquetadas en los mercados de dinero al por mayor. En función de ello, el banco creció hasta convertirse en el quinto mayor proveedor hipotecario del país, expandiéndose hacia el sur de Inglaterra, que era donde en último término tenía situada la mitad de sus préstamos[30]. Cuando los mercados se congelaron, Northern Rock se desmoronó. Temiendo por la estabilidad del capitalismo financiero británico, el Banco de Inglaterra y el régimen del Nuevo Laborismo, célebres por su parsimonia a la hora de paliar la destrucción de puestos de trabajo en el sector manufacturero del North East, se apresuraron al rescate del banco, ofreciendo préstamos de emergencia y la garantía de los depósitos, a lo que se añadió una apresurada nacionalización. Sin embargo, tal como se quejó *The Economist*, el colapso de Northern Rock «socavaba la confianza en la capacidad de una de las regiones más pobres de Gran Bretaña para construir un futuro posindustrial»[31].

El Nuevo Laborismo podía seguir ganando terreno mientras durara el auge del crédito, manteniendo su control sobre Westminster, aunque disminuyera su cuota de votos y la participación cayera a mínimos históricos gracias al sistema electoral mayoritario británico. Políticamente, el nacionalismo de la franja celta dominó el frente interno durante los primeros años del régimen de Blair: pacificación de Irlanda del Norte y descentralización en Escocia y el País de Gales. La concesión de un Parlamento a Edimburgo embotaría las armas del SNP y resolvería –se pensaba– la cuestión escocesa. Los votantes laboristas en el norte de Inglaterra no requerían tal atención especial. «No tienen adonde ir», explicaban en determinado momento los asesores de Blair a los diputados de primera fila[32]. Ya en 2000, *New Statesman* dio cuenta de «caídas significativas» en

---

[30] Iain Dey, «Why Northern Rock was doomed to fail», *Telegraph*, 16 de septiembre de 2007; Treasury Committee, «The run on the Rock», 24 de enero de 2008, HC 56-I, 2007-08; J. Neill Marshall, «A geographical political economy of banking crises», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, vol. 6, núm. 3, 2013, p. 468.
[31] «After the fall», *The Economist*, 29 de noviembre de 2007.
[32] Peter Kilfoyle, *Labour Pains: How the Party I Love Lost Its Soul*, Londres, 2010, p. 44.

la afiliación al partido en todo el North East, incluido Sedgefield. La región «concedió escaños a un tercio del gabinete, pero todo lo que consiguió a cambio, dicen por allí, son "desperdicios"»[33]. En 2002 los laboristas perdieron las contiendas municipales en Hartlepool y Middlesbrough frente a la mascota de un club de fútbol [H'Angus the Monkey] y un detective de tolerancia cero respectivamente, siendo este último al menos muy admirado en los círculos blairitas. Dos años después el partido fue apartado del poder en su ciudadela regional de Newcastle, perdiendo casi la mitad de sus concejales en beneficio de los Liberales-Demócratas, y un referéndum celebrado en el North East se encontró con una respuesta de los votantes del tipo Brexit, desechando la propuesta del gobierno de una Asamblea regional carente de competencias y atractivo. Más del 75 por 100 de los encuestados coincidieron en que el Nuevo Laborismo «se ocupa de algunas partes de Inglaterra más que de otras»[34]. En el momento en que el Partido Laborista fue barrido en 2010, el número de sus votantes en las tres regiones del Norte había caído de 4,1 a 2,6 millones.

Recortes de la coalición y espíritus animales

Al incorporarse entonces a sus puestos de gobierno, los líderes de la coalición conservadora-liberal hablaban con una sola voz. «Este país ha estado demasiado centrado en Londres durante demasiado tiempo», decía Cameron. «Puedo ver el riesgo del dominio de nuestra capital. No es saludable para nuestro país ni para nuestra economía», advertía el canciller George Osborne. «Nunca podemos basarnos en una sola parte del país, sectorial o geográficamente. Tenemos que ampliar nuestras apuestas», declaró el viceprimer ministro Nick Clegg. La nueva administración pretendía un crecimiento económico equilibrado «en todas las regiones y en todas las industrias»[35]. Cameron, Osborne, Clegg: sería difícil encontrar tres ejemplares más típicos de la *haute bourgeoisie* del sur de Inglaterra. Los dos *tories* nacieron en la capital; el *lib-dem* creció cerca, en el opulento condado de Buckinghamshire. Cameron se benefició del fondo de inversión de su padre radicado en Panamá y mientras ocupaba el puesto de

[33] K. Maguire, «In Blair's backyard», cit.
[34] Colin Rallings y Michael Thrasher, «Why the North East said "No": The 2004 referendum on an elected Regional Assembly», ESRC devolution briefing, núm. 18, febrero de 2005, p. 4.
[35] Discursos de David Cameron y George Osborne a la conferencia del partido conservador, 2 de octubre de 2013 y 29 de septiembre de 2014, respectivamente; discurso de Nick Clegg en la Cumbre del Norte sobre el Futuro, 6 de noviembre de 2014; «The Coalition: Our programme for government», mayo de 2010, p. 7.

primer ministro defendió el anonimato de esos medios de inversión en paraísos fiscales. Clegg es hijo de un banquero mercantil; Osborne, el heredero de una compañía de tejidos elegantes y papel pintado y de una baronía anglo-irlandesa. Los tres fueron educados en instituciones privadas de elite de la zona de Londres –Eton, St. Paul, Westminster– entrando sin problemas en Oxbridge. Cameron y Osborne comenzaron pronto su carrera como *apparatchiks* de Whitehall. Clegg, más europeísta, trabajó como asistente de política comercial en Bruselas y fue eurodiputado antes de asumir la representación de la circunscripción suburbana de Sheffield Hallam, «similar a Bristol West o Cambridge», como señalaba un reportero de *The Telegraph* al determinar su posición, «guetos ricos y amplios de miras de la burguesía muy educada a la que no le gusta lo que son ahora los conservadores, pero que tampoco se han sentido atraídos nunca por la política obrera del Partido Laborista»[36]. Cameron no tuvo que alejarse de Oxfordshire para lograr su propio escaño parlamentario. Así eran los últimos paladines de una mayor equidad regional.

La caída de los ingresos tributarios a raíz de la recesión de 2008-2009 había proporcionado la ocasión para una oleada de opinión neoliberal organizada en la capital presionando por lo contrario. La consternación inicial ante la incursión de emergencia del Estado en las altas finanzas pronto se convirtió en demandas estridentes de reducciones en áreas estratégicamente menos sensibles. Si la City necesitaba una ayuda urgente, había que desconectar al Norte. «Los subsidios públicos a las áreas decaídas socavan el proceso de ajuste necesario para que sus economías se recuperen», declaró solemnemente el Institute for Economic Affairs, mientras un sector bancario que se derrumbaba recibía 130 millardos de libras en préstamos gubernamentales y compras de acciones y 1,03 billones en garantías e indemnizaciones[37]. «El Estado interviene ahora mucho más en muchas partes de Gran Bretaña que en los antiguos Estados satélites soviéticos como Hungría y Eslovaquia cuando salieron del comunismo en la década de 1990», bramaba *The Sunday Times* de Murdoch[38]. La generosidad del Nuevo Laborismo, que había favorecido la privatización de los servicios públicos básicos, podría ahora desecharse.

---

[36] Tim Stanley, «The age of Nick Clegg is drawing to an end», *The Telegraph*, 28 de abril de 2015.
[37] Richard Wellings, «North to pay heavy price for dependence on public spending», IEA, 16 de noviembre de 2009; nao.org.uk/highlights/taxpayer-support-for-uk-banks-faqs, actualizado por última vez en julio de 2016.
[38] Abul Taher, «"Soviet" Britain swells amid the recession», *The Sunday Times*, 25 de enero de 2009.

En este clima, los tres principales partidos de Westminster convergieron en los recortes del gasto como el principal medio para hacer frente a un déficit presupuestario récord en tiempo de paz. Gran Bretaña «se había vuelto demasiado dependiente del sector público», se quejó Cameron. «No se puede dar nueva vida a las regiones mediante los donativos de Whitehall», dijo Clegg en una conferencia. La coalición intensificó la austeridad fiscal, que el ministro de Hacienda saliente, Alistair Darling, ya había diseñado para el período posterior a las elecciones. La nueva oposición dirigida por Ed Miliband y Ed Balls –antiguos asesores de Brown apalancados en un par de distritos electorales de Yorkshire– remoloneó al principio, para acabar uniéndose a la línea general. Esto era una mala noticia para la Gran Bretaña Exterior: en el North East de Inglaterra, Escocia y Gales una de cada cuatro personas empleadas trabajaba en el sector público; una de cada seis en Londres y el South East[39]. El gasto público equivalía al 52 por 100 del producto económico en el North East, al 47 por 100 en el North West y al 44 por 100 en Yorkshire y Humber, frente a un promedio nacional del 38 por 100[40].

El ajuste fiscal, apoyado por todos los partidos del Reino Unido como porcentaje de la renta nacional, iba a la par con el perseguido en Francia por Sarkozy y Hollande y en Italia por Monti; si difería en algo era en su inclinación por los recortes del gasto más que por el incremento de la presión tributaria, y ello en una proporción de 4/1[41]. En el Tesoro, George Osborne disminuyó drásticamente el gasto promedio departamental, reduciéndolo el 10 por 100 en términos reales entre 2010-2011 y 2015-2016. Los municipios más necesitados, principalmente controlados por los laboristas, fueron los que soportaron la peor parte de los recortes en los servicios de los gobiernos locales, mientras que los condados conservadores salieron relativamente indemnes. En marzo de 2015, el gasto público neto per cápita de las autoridades locales había disminuido un 27 por 100, tanto en el North East como en Londres, frente al 16 por 100 en el South East[42]. El

[39] Base de datos de la Office for National of Statistics, «RPUB1 Regional labour market: Regional public and private employment», 15 de marzo de 2017. Excluye los efectos de la principales reclasificaciones.
[40] Tony Dolphin, «The impact of the recession on northern city regions», IPPR North, octubre de 2009, p. 16.
[41] Antoine Bozio *et al.*, «European public finances and the Great Recession: France, Germany, Ireland, Italy, Spain and the United Kingdom compared», *Fiscal Studies*, vol. 36, núm. 4, 2015, p. 416.
[42] Carl Emmerson y Gemma Tetlow, «UK public finances: From crisis to recovery», *Fiscal Studies*, vol. 36, núm. 4, 2015, p. 574. David Innes y Gemma Tetlow, «Central cuts, local decision-making: Changes in local government spending and revenues in England, 2009-10 to 2014-15», IFS, marzo de 2015, p. 9. Excluye los gastos de transporte.

ministro de Hacienda también se ocupó directamente de los trabajadores industriales excedentes –incluyendo la generación más joven de mineros y metalúrgicos que Thatcher y Major habían obviado–, vilipendiándolos como gandules, que «disfrutaban de un cúmulo de subvenciones». La película de Ken Loach, ganadora de la Palma de Oro en Cannes en 2016, *I, Daniel Blake*, ambientada en Newcastle, dramatizaba los tormentos kafkianos de las pruebas de capacidad y el régimen de sanciones introducidos en el sistema de seguridad social por el Nuevo Laborismo y ampliadas por la coalición ahora gobernante. Las antiguas comunidades industriales como Bradford, Oldham y Rhondda estaban perdiendo el doble de recursos percibidos por adulto en edad de trabajar –recortes que afectaban desde los transportes a la discapacidad y otros subsidios estatales–, que las ciudades-mercado meridionales como Guildford y Wokingham. Dos analistas del Centre for Regional Economic and Social Research de la Univesidad de Sheffield Hallam observaban : «Esta geografía económica se solapa muy estrechamente con la geografía política de Gran Bretaña: el gobierno de coalición está reformando las políticas de bienestar social a escala nacional, que afectarán principalmente a los individuos y comunidades fuera de sus propios centros de influencia»[43].

Esos centros experimentaron una rápida recuperación. Se esperaba que la crisis financiera desencadenara una recesión entre los trabajadores de cuello blanco en la City, como cuando la burbuja del precio de los activos de Nigel Lawson estalló sobre los *yuppies* en 1990. Pero había demasiado en juego para permitir una repetición. El sector financiero y de seguros es el principal de la capital, y representa el 19 por 100 del producto económico, algo más que Wall Street con respecto a Nueva York. Las altas finanzas características de la City se han extendido de este a oeste, y así los grandes bancos se esparcían desde ella a las zonas portuarias recuperadas en la Isla de los Perros, mientras los *hedge funds* y otros operadores discretos preferían Mayfair y St James. El segundo puesto en la economía londinense lo ocupan las actividades inmobiliarias (13 por 100), a las que siguen las actividades profesionales, científicas y técnicas (11 por 100), que incluyen los servicios jurídicos y contables dependientes de la City[44].

---

[43] Christina Beatty y Steve Fothergill, «Jobs, welfare and austerity: How the destruction of industrial Britain casts a shadow over present-day public finances», CRESR, noviembre de 2016, p. 19; «Hitting the poorest places hardest: The local and regional impact of welfare reform», CRESR, abril de 2013, p. 18.

[44] «Economic Evidence Base for London 2016», Autoridad del Gran Londres, noviembre de 2016, gráfico 1.18 y cuadro 1.13.

Para mantener todo esto a flote, el Banco de Inglaterra ya había reducido los tipos de interés al 0,5 por 100 y bajo el Nuevo Laborismo lanzó un programa de 200 millardos de libras en flexibilización cuantitativa. Bajo la coalición siguieron nuevas rondas de compras de bonos, inflando otra burbuja del precio de los activos. En mayo de 2012 la flexibilización cuantitativa había ascendido a 325 millardos de libras dando un impulso al valor de los activos en posesión del 10 por 100 más rico de los hogares, agrupado en y alrededor de Londres, lo que suponía una media de 322.000 libras para cada uno de ellos. *The Spectator*, un órgano conservador, reconocía incómodo que se trataba de «la mayor transferencia de riqueza a los ricos derivada de cualquier decisión gubernamental en la reciente historia documentada»[45]. Los primeros tres años de flexibilización cuantitativa dieron lugar a un aumento de los precios de la vivienda del 17 y el 15 por 100 en Londres y el South East, frente a un aumento del 2 y el 4 por 100 en el North West y Yorkshire-Humber, respectivamente. En el North East los precios no se movieron[46]. «Feelgood factor returns to the City of London», celebraba el *Financial Times* en octubre de 2013. «Los espíritus animales se han despertado en las salas de juntas y hasta el sector de la *private equity* se ha puesto en marcha».

La recesión general había provocado una reducción de puestos de trabajo en el sector industrial, doble de la que se había producido en los servicios financieros y empresariales, lo cual hizo que Londres saliese prácticamente indemne, creciendo con brío en 2008, sufriendo una disminución en la producción en 2009 menor que en cualquier otro lugar, y volviendo a crecer en 2011 más rápidamente que el resto del país[47]. El zar empresarial de Cameron, David Young, barón de Graffham –un hombre de negocios londinense que ya había ocupado diversos puestos de gobierno con Margaret Thatcher–, se vio obligado a dimitir en noviembre de 2010, después de admitir cándidamente a *The Telegraph* que, desde su punto de vista, a la gente «nunca le había ido tan bien» como durante «la llamada recesión»[48]. Londres iba a duplicar (17 por ciento) la tasa de crecimiento total de cualquier otra región o nación del Reino Unido entre 2010 y 2014,

---

[45] «The distributional effects of asset purchases», Bank of England, 12 de julio de 2012; Fraser Nelson, «QE–the ultimate subsidy for the rich», *Spectator*, 23 de agosto de 2012.
[46] Office for National Statistics, «UK House Price Index: data downloads January 2017», 21 de marzo de 2017, serie histórica.
[47] T. Dolphin, «The impact of the recession on northern city regions», cit., pp. 5-6; Office for National Statistics, «London's economy has outperformed other regions since 2007», 13 de marzo de 2013.
[48] *The Telegraph*, 19 de noviembre de 2010. Young volvió a entrar en el gobierno, como asesor del primer ministro, once meses después.

el último año completo que la coalición estuvo en el poder. Irlanda del Norte (un 1 por 100) y las tres regiones inglesas del norte (3 a 4 por 100) quedaban en los últimos puestos[49]. Desde la crisis financiera, de hecho, Londres ha sobrepasado contundentemente el crecimiento de las tres regiones septentrionales combinadas (North East, North West y Yorkshire & Humberside) y con un margen creciente, a pesar de no tener mucho más de la mitad del número de residentes.

Favorito en Europa

No es pues sorprendente que en las elecciones para el Parlamento Europeo celebradas en la primavera de 2014 se registrara un descenso del apoyo conservador por encima de la media en el North West y en Yorkshire-Humber. Con las elecciones al Parlamento de Westminster a sólo un año de distancia, Osborne cambió de perspectiva. La nueva línea del Tesoro era que «el reequilibrio con éxito no se conseguirá hundiendo la capital, sino lanzando una estrategia de estímulo y crecimiento económico en las regiones septentrionales [la denominada iniciativa Northern Powerhouse]»[50]. Esta iniciativa era un dispositivo de relaciones públicas para destacar las buenas obras de los conservadoras en el Norte, donde seguían dominando sin mucho esfuerzo los laboristas debido a la ausencia de un serio competidor regional del estilo del SNP en Escocia. Después de las elecciones de 2010, los *tories* disponían de cuarenta y tres de las ciento cincuenta y ocho circunscripciones electorales del Norte, una proporción modesta pero importante en un parlamento finamente equilibrado. El Nuevo Laborismo había presentado sus agencias de desarrollo regionales como «motores económicos para el crecimiento sostenible». Cameron y Osborne abolieron esos organismos paraestatales, pero mantuvieron el título, con su aire reveladoramente victoriano que reconocía tácitamente la antigüedad industrial, aunque la desautorizaba formalmente. El ministerio de Hacienda dio a conocer la iniciativa Northern Powerhouse en un discurso en el Museo de la Ciencia y la Industria de Manchester, rodeado de máquinas de vapor en funcionamiento, y siguió ofreciendo la perspectiva de una inversión de 6 millardos de libras en la red de

---

[49] Office for National Statistics, «Regional GVA (income approach)», cuadro 1. Deflactado usando los deflactores implicados en los datos de la Office for National Statistics, «Regional gross value added (production approach) constrained data tables», 16 de diciembre de 2016, cuadro 3.

[50] «Fixing the foundations: Creating a more prosperous nation», Cm 9098, julio de 2015, p. 70.

transporte del Norte (bajo la coalición, el gasto per cápita en transporte era dos veces y media más alto en Londres que en las regiones del Norte)[51]. También entró en negociaciones con las autoridades locales sobre la devolución de políticas y reglamentaciones, pero sin nuevos poderes fiscales, comenzando por Manchester.

Al presentar su presupuesto antes de las elecciones en marzo de 2015, Osborne se esforzó por enfatizar «una verdadera recuperación nacional». Sin embargo, el aplastamiento fiscal de las frágiles economías regionales, combinado con la flexibilización cuantitativa para las finanzas internacionales, tendría sin duda efectos distorsionados[52]. Entre 2009 y 2015 el número de empleos en Londres aumentó el 18 por ciento, frente a aumentos del 4 al 6 por 100 en las regiones septentrionales. Bajo el gobierno de coalición el North East perdió el 14 por 100 de su fuerza laboral en el sector público. El South East perdió menos del 3 por 100, al igual que Londres, donde los recortes municipales fueron amortiguados por una base del sector público más diversa y una función pública más dispuesta a reducir los empleos en los puestos provinciales que en Whitehall[53]. «El Sur está experimentando una recuperación mientras el resto del país se queda atrás», se quejó en febrero de 2014 un antiguo miembro, keynesiano, del comité de política monetaria del Banco de Inglaterra, queja de la que se hizo eco el economista jefe del Banco en un estallido extraordinario una semana después de la votación del Brexit. «¿Qué recuperación? En gran medida, la de los que viven en Londres y el South East de Inglaterra»[54].

Las disparidades económicas regionales basadas en sucesivas rondas de desarrollo desigual y políticas oficiales sesgadas no son privativas de

---

[51] Grace Blakeley, «Paying for our progress: How will the Northern Powerhouse be financed and funded?», IPPR North, febrero de 2017, pp. 16-17.
[52] Ian Gordon, «Quantitative Easing of an international financial centre: How central London came so well out of the post-2007 crisis», SERC discussion paper 193, septiembre de 2015.
[53] Boletín estadístico del ONS, «UK business register and employment survey (BRES): 2014 revised and 2015 provisional», 28 de septiembre de 2016, gráfico 1; datos de la Office for National Statistics, «RPUB1 Regional labour market'; Sarah O'Connor, «London and the southeast see fewer public sector job losses», *Financial Times*, 19 de febrero de 2015.
[54] David Blanchflower, «The North is still not feeling this recovery —and the Conservatives are likely to pay for that at the polls», *The Independent*, 24 de febrero de 2014; Andrew Haldane, «Whose recovery?»; Andrew Haldane, «Whose recovery?», texto de la conferencia pronunciada en Port Talbot el 30 de junio de 2016, p. 9.

Gran Bretaña. Como ha escrito David Harvey, «el capitalismo *es* desarrollo geográfico desigual» y, se diga lo que se diga, cada vez lo es más. La era de la globalización neoliberal multiplicó las oportunidades para «la inserción desigual de diferentes territorios y formaciones sociales en el mercado mundial capitalista»[55]. A medida que se desmantelan los poderes reguladores, la riqueza se concentra cada vez más en manos de unos pocos capitalistas opulentos. La Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, portavoz de las economías de libre mercado, señala que, «si bien las diferencias en el PIB per cápita en los países de la OCDE se han reducido en las últimas dos décadas, dentro de las fronteras de cada país se registran cada vez más diferencias de ingresos entre regiones, ciudades y personas». Tal es la pauta común. Davos contempla nervioso la intensificación de la reacción popular[56].

En cualquier caso, Gran Bretaña, a cuyos votantes se invitó a expresar su veredicto en 2016, es un caso especial de desarrollo desigual dentro de Europa. Lo asombroso es que el Reino Unido es más desequilibrado económicamente que Italia, a pesar de que su Risorgimento quedara notoriamente incompleto; que España, con su histórica polaridad entre la industria catalana y vasca y el latifundio andaluz; que Alemania, donde un cuarto de siglo después de la reunificación el PIB per cápita en los *Länder* orientales todavía era en promedio un tercio inferior al de los occidentales; que Francia, ensombrecida por una metrópolis lo bastante grande como para resistir la comparación con su vecina del otro lado del Canal. A escala subregional, la producción per cápita es ocho veces más alta en el oeste de Londres que en el oeste de Gales y los Valles, lo que supone la mayor diferencia en *cualquier* país miembro de la UE desde la Bahía de Bantry hasta el Dniéster[57].

Por eso un antiguo asesor de política regional de la Comisión Europea puede subrayar que «la geografía económica del Reino Unido refleja hoy día cada vez más los patrones típicamente observados en las economías en vías de desarrollo o en transición, más que en otras economías desarrolladas». En varios países periféricos de Europa –Irlanda y Portugal al oeste; la República Checa, Hungría, Polonia, Rumania y Eslovaquia al este–, sólo

---

[55] David Harvey, *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*, Londres, 2006, p. 115; «The Geography of Class Power», *Socialist Register*, vol. 34, 1998, p. 49.
[56] «OECD Regional Outlook 2016», 11 de octubre de 2016, p. 19; «The Global Risks Report 2016», World Economic Forum, 14 de enero de 2016, pp. 40-41.
[57] «Eurostat regional yearbook: 2016 edition», 14 de septiembre de 2016, p. 118.

la región de la ciudad-capital supera la producción media per cápita de la UE[58]. El Reino Unido es más rico, pero su desarrollo en la *longue durée*, aparte del breve intervalo victoriano del capitalismo fabril, ha sido parecidamente monocéntrico. La redistribución hacia el Norte de la actividad económica desde Londres y el Sur nunca ha figurado en la lista de las prioridades políticas nacionales. Hoy en día sólo el 2 por 100 de los hogares en el North East se encuentran en el primer decil de riqueza, frente al 22 por 100 en el South East y el 18 por 100 en Londres. Bajo la coalición encabezada por Cameron, la riqueza media de los hogares londinense aumentó un 14 por 100, mientras que cayó un 8 por 100 en Yorkshire y el Humber[59]. La tasa de desempleo media real se situó en el último registro en más del 11 por 100 en las dos regiones inglesas más septentrionales, subiendo por encima del 16 por 100 en las peores zonas, frente a sólo el 3 ó 4 por 100 en la mayor parte del Sur. En el extremo inferior de la escala de ingresos predominan situaciones de pobreza multidimensional en un quinto de los distritos septentrionales: Middlesbrough, Knowsley, Hull, Liverpool y Manchester. El South East, por supuesto, tiene sus propios problemas. La gentrificación está atemperando las estadísticas de pobreza en el este de Londres, pero en las áreas rurales más alejadas el olvidado Jaywick, situado en la costa de Essex, es el distrito más pobre de Inglaterra[60]. Sin embargo, la enorme cantidad de riqueza acumulada alrededor de la capital permitía a los tertulianos londinense hacer caso omiso de la degradación de las regiones exteriores y argumentar engañosamente que la política económica del gobierno favorecía al conjunto del país. «Les diré lo que está en juego –advertía George Osborne, un millonario londinense, cuando se aproximaba el referéndum–: la prosperidad de la economía británica, los ingresos de la gente, así como su capacidad para abastecer a sus familias, se verían perjudicados. Y no hablemos de la amenaza del desempleo»[61]. Su escaño parlamentario correspondía a un distrito electoral conservador en el frondoso este de Cheshire, una de las cuatro, entre las treinta y ocho regiones septentrionales de Inglaterra, donde la renta per cápita de los hogares está por encima y no por debajo del promedio nacional.

---

[58] Philip McCann, *The UK Regional–National Economic Problem*, Abingdon, 2016, sección 1.1; «Eurostat regional yearbook», p. 118.
[59] Compendio ONS, «Wealth in Great Britain Wave 4: 2012 to 2014», 18 de diciembre de 2015, pp. 7, 43-45.
[60] Christina Beatty *et al.*, «The Real Level of Unemployment 2012», CRESR, septiembre de 2012; Department for Communities and Local Government, «The English Indices of Deprivation 2015», 30 de septiembre de 2015, p. 3 y cuadro 3.
[61] *The Independent*, 8 de junio de 2016.

Los efectos colaterales

Ése era el escenario en el que el referéndum sobre la UE emitió su veredicto sobre la política de desigualdad espacial en el Estado más centralizado del G7. El margen de victoria del Brexit ascendió a un inequívoco 56/44 en todo el Norte de Inglaterra. El voto más extremado en el North West se produjo en el centro turístico empobrecido de Blackpool, cuyas autoridades locales han sufrido la mayor pérdida financiera en los recortes de bienestar del gobierno. La opción por el abandono de la Unión Europea barrió en todas las ciudades fabriles de los Peninos: desde el 54 por 100 obtenido en Bradford y Bury hasta el 67 por 100 en Burnley, así como en las antiguas comunidades industriales y de minería del carbón del oeste de Lancashire y del sur de Yorkshire (Wigan 64 por 100, Doncaster 69 por 100). Tyne, Wear y Tees también registraron fuertes votos de protesta, particularmente la antigua ciudad astillera de Hartlepool (70 por 100) y Redcar-Cleveland (66 por 100). Redcar había perdido sus acerías –incluido el segundo mayor alto horno de Europa– y 3.000 puestos de trabajo el mes de octubre anterior, cuando la multinacional tailandesa SSI se retiró y el gobierno de Cameron se negó a renacionalizarla.

Las ciudades donde el número de inmigrantes de la UE ha aumentado rápidamente se mostraron más propensas a votar por el abandono, como por ejemplo Boston, en las East Midlands, ciudad agrícola y ganadera dedicada al procesamiento de alimentos, que registró el voto más alto del país partidario de la salida (76/24). Pero muchas otras que se inclinaron notablemente por el Brexit no han tenido tantos inmigrantes del continente. Sólo el 2 por 100 de los residentes en Hartlepool nació en otros países de la UE; en Stoke-on-Trent, centro de la diezmada industria cerámica de Staffordshire, el 3 por 100[62]. Sin embargo, en localidades deprimidas como el distrito de Jaywick la mayoría en favor del abandono de la Unión Europea fue de alrededor de 70/30. En las desventuradas West Midlands sólo el rico distrito de Warwick resistió la tendencia del Brexit. La retórica del abandono era antiinmigrante; la cólera que lo llevó a la victoria vino del declive.

La mayoría de los reductos pro UE en el Norte estaban ubicados en las áreas de servicio centrales o franjas más ricas de las principales conurbaciones. En Leeds y Newcastle ganó la permanencia por muy

[62] Datos de la Office for National Statistics, «Population of the United Kingdom by Country of Birth and Nationality», 25 de agosto de 2016, cuadro 1.1.

poco. Aunque en el distrito electoral de Leeds North West, donde viven muchos estudiantes y gente que trabaja en el centro urbano, el 65 por 100 votó por ella, en las barriadas de propiedad municipal y áreas urbanas de casas adosadas del este de la ciudad, se estima que los votantes de clase obrera desafectos lo hicieron en una proporción igualmente alta por el abandono[63]. En Liverpool y Manchester, en cambio, se registraron impresionantes victorias de la opción de la permanencia a escala municipal –58 y 60 por 100, respectivamente– y cada una de ellas se vio acompañada por un par de prósperos distritos locales adyacentes, reduciendo la escala de la victoria del abandono en el North West. Manchester, sin embargo, ofreció un ejemplo extremo de la frialdad del sentimiento pro UE, con una participación doce puntos porcentuales por debajo de la media nacional. Además, en la conurbación del Gran Manchester el núcleo de la ciudad invirtió la tendencia dando lugar a una mayoría general en favor del abandono de la Unión Europea. Los únicos islotes restantes partidarios de permanencia fueron las ciudades-balneario de Yorkshire y las ciudades universitarias de Harrogate y York, además de la zona próspera de la Cumbria rural. Sheffield, la antigua ciudad del acero y la tercera área urbana primordial del Norte, se unió al resto del Yorkshire meridional en el campo del Brexit por un margen de cinco mil votos. «Para mucha gente fue un voto contra Londres, del tipo "hay que hundirlos"», explicaba Clegg, quien representó a Sheffield Hallam mientras vivía en Putney.

En *The Guardian*, otro de los portavoces del *establishment* partidario de la permanencia en la Unión Europea, Gordon Brown se atrevió a diagnosticar, a toro pasado, que «había sido una revuelta de las regiones –centros industriales del Norte golpeados por una oleada tras otra de aplastante cambio global–, lo que había empujado a la gente a traspasar el límite y votar por el Brexit». En una declaración al *Financial Times* hizo sonar una nota pro globalización más agresiva y más descarada: «La división real es entre quienes apoyan una globalización bien administrada y quienes se oponen a la acción coordinada», explicó. La UE es un faro de «la cooperación internacional esencial para el crecimiento inclusivo», y era una tragedia que «los trabajadores semicualificados de las ciudades como Burnley, Hartlepool, Wolverhampton y Hull fueran los nuevos abanderados del abandono. Paradójicamente, los más afectados por los

[63] El desglose estimado por Chris Hanretty de la votación en la circunscripción de Westminster, accesible a partir de sus «Ward level results from the EU referendum», se puede consultar en medium.com, 6 de febrero de 2017.

males de la globalización votaron en contra de lo que era un remedio parcial»[64]. De un ministro de Hacienda capaz de afirmar que los ciclos económicos eran cosa del pasado, difícilmente se podía esperar que percibiera la aceleración de la desigualdad en la eurozona.

Del referéndum a las elecciones

La derrota del referéndum obligó a Cameron y Osborne a abandonar el cargo, para ser reemplazados por un par de tibios partidarios de la permanencia. Theresa May y el ministro de Hacienda Philip Hammond provienen de una órbita social menos estratosférica que sus predecesores, pero están tan estrechamente limitados como ellos por los cómodos Home Counties que rodean Londres. Ella, cuya infancia transcurrió en un pueblecito de los Costwolds cercano a Oxford donde su padre era vicario, entró con veintiún años a trabajar como analista en el Banco de Inglaterra; él hizo sus primeras armas empresariales, en tiempos de Thatcher, en una compañía sanitaria de Essex. Ambos estudiaron en Oxford y representaron a distritos acomodados en el cinturón de Londres, aunque May contendió antes, sin éxito, por el escaño correspondiente a un distrito del condado de Durham que ocupaba un laborista.

A primera vista, una oposición ahora dirigida por dos veteranos parlamentarios de Londres, ninguno de los cuales había mostrado nunca mucha preocupación por el molde centralista del Partido Laborista, podía parecer mejor situado que un gobierno de *tories* de los condados para unir a la opinión pública contra el predominio de la capital, aunque el ministro de Hacienda en la sombra de John McDonnell hubiera nacido en un barrio obrero de Liverpool y representara a un distrito partidario del Brexit de la periferia de Londres. Al proponer la introducción de bancos regionales de desarrollo para mejorar la capacidad de endeudamiento de las pequeñas empresas, McDonnell se comprometía, como mucho, a desviar algunos gastos de infraestructura de Londres a las provincias para que «ningún gobierno volviera a escorar tan desconsideradamente sus propios planes de inversión contra la mayoría del país»[65]; mientras la dirigente laborista de centroderecha en Escocia, Kezia Dugdale, defendida por Brown, hizo que

---

[64] Gordon Brown, «We need a Brexit deal that heals the North–South divide», *The Guardian*, 8 de noviembre de 2016; «Leaders must make the case for globalisation», *Financial Times*, 17 de julio de 2016.
[65] Jonathan Walker, «Labour will impose laws ensuring North East gets a fair share of spending», *Chronicle*, 7 de febrero de 2017.

el partido aceptara una convención constitucional para examinar opciones que «extendieran la democracia a escala local, regional y nacional» para evitar otro envite independentista del SNP. Evidentemente, si las políticas regionales del Partido Laborista eran modestas o deliberadamente vagas, las de los conservadores apenas existían. A las áreas deprimidas reducidas a depender de los bancos voluntarios de alimentos se les ofrecían circos en lugar de pan: una «Gran Exposición del Norte» que se hacía eco, no tanto del desfile imperial victoriano de 1851, como del Festival compensador británico promovido por Attlee en el austero Londres semidestruido por las bombas un siglo después.

Sin otra opción que acatar el resultado del Brexit, May intentó convertir la necesidad en virtud poniéndose retóricamente al servicio de los votantes de bajos y medianos ingresos en las regiones que lo convirtieron en realidad. En la conferencia de otoño del Partido Conservador, reconoció la cólera generalizada contra la riqueza creciente de Londres y amonestó al Banco de Inglaterra por los efectos divisivos de sus políticas monetarias de emergencia: «La gente con activos se ha hecho más rica. La gente sin ellos lo ha pasado mal». La nueva primera ministra se ha comprometido a «cambiar decisivamente el equilibrio de Gran Bretaña en favor de la gente trabajadora». Este guión populista se debía, al parecer, a los jefes de campaña Nick Timothy y Fiona Hill, asesores que pretendían ofrecer a May una vía de acceso a la experiencia de la clase obrera de provincias.

Si Cameron había predicado su propia agenda de equidad y trató en vano de presentar a los conservadores como el verdadero partido de los trabajadores, acordando una tregua con los sindicatos antes del referéndum, la oratoria de May tenía un mordiente conflictivo ausente en sus predecesores. Sería la garante del Brexit evitando la reincidencia en favor de «los pocos privilegiados». El mercado de masas de los medios de comunicación burgueses aclamó su ruptura tajante con el elitismo metropolitano: las lecciones del referéndum habían sido aprendidas.

En términos prácticos, había pocas diferencias entre el primer gobierno de May –que entró en funciones antes de las elecciones generales del 8 de junio de 2017–, y el régimen de Cameron, aparte de la ruptura del Brexit. Whitehall estaba casi paralizado, habiendo consumido sus energías en los tecnicismos de la retirada de la UE. La principal promesa de May internamente era levantar las restricciones vigentes en la selección académica en las escuelas públicas inglesas en nombre de la *gran*

meritocracia; el regreso de las *grammar schools*, una extensión lógica de las medidas desreguladoras promulgadas por la coalición, consolidaría el asidero de los profesores de clase media en el sector estatal, dejando intactas las escuelas privadas de elite. En cuanto a la política regional de relanzamiento económico en las regiones septentrionales (la iniciativa de Northern Powerhouse) cayó en desgracia cuando May despidió a un Osborne deshonrado, pero se mantuvo el plan del Nuevo Laborismo de creación de una conexión ferroviaria de alta velocidad entre Londres y las provincias, que permitiría a los directivos empresariales un transporte rápido entre su cuartel general en la capital y las oficinas subsidiarias «cerca de la costa» en las zonas de salarios más bajos.

Osborne había amenazado a los votantes con un presupuesto de castigo si la opción del abandono ganaba el referéndum, pero May transmitió que quizá habría que mitigar la austeridad en interés de la estabilización económica nacional. Al postergar la eliminación del déficit presupuestario para 2025, un retraso que el propio Osborne había admitido como inevitable, Hammond amplió el margen de maniobra para obtener préstamos adicionales con los que impulsar el gasto en infraestructuras y cubrir los costes de cualquier desaceleración futura. La administración también dio la orden de detener la flagelación pública practicada por Osborne de los solicitantes de las ayudas sociales pertenecientes a la clase trabajadora, descartando nuevos recortes de estas más allá de los ya planificados, suavizando una reducción de 3 millardos de libras del crédito universal –una amalgama de seis subsidios existentes, incluido el de paro– y prometiendo un «apoyo total» a las personas afectadas por las enfermedades y discapacidades crónicas más graves, que ya no estarían obligadas a someterse a un reexamen médico regular para poder optar al Subsidio de Empleo y Apoyo, tal como había descrito Ken Loach en su película *I, Daniel Blake*.

Pero dado que la economía había resistido el choque inicial del referéndum mejor de lo que se suponía –los costes del endeudamiento se mantuvieron bajos gracias a la relajación adicional del crédito, incluida una nueva dosis de flexibilización cuantitativa; el Banco de Inglaterra aseguró a los mercados financieros que tomaría «cualquier medida adicional requerida» para proteger sus intereses–, Hammond siguió poniendo en práctica la consolidación del gasto que había emprendido Osborne en noviembre de 2015. Éste había programado una disminución adicional del 18 por 100 en la mayoría de los gastos cotidianos departamentales para 2020 y sacó otros 12 millardos de libras del sistema de asistencia social. Los subsidios

pagaderos a los nuevos receptores de la ESA, que se consideraran capaces de realizar alguna actividad relacionada con el trabajo, fueron recortados el 28 por 100 al comienzo del presente ejercicio, tratándose de uno de los muchos recortes de la era de Osborne mantenidos por los patrocinadores de un conservadurismo supuestamente más compasivo.

Sin embargo, después de la captura del arrebato del Brexit por la derecha a cargo de los disidentes *tories* embarcados en la operación de abandono de la Unión Europea, en la primavera de 2017 los conservadores parecían tener una ventaja de veinte puntos en las encuestas de opinión y la tentación de unas elecciones anticipadas para aumentar su mayoría acabó demostrándose irresistible. Por primera vez desde que Gran Bretaña se incorporó al Mercado Común en nombre de la modernización económica, los conservadores defendían una plataforma euroescéptica sin adulterar. De acuerdo con la lógica de la campaña del abandono, May priorizó los controles de la inmigración por encima de la pertenencia al mercado único y la unión aduanera, adoptando un evangelio cívico con matices de nacionalismo antiglobalización: «Si crees que eres ciudadano del mundo, no eres ciudadano de ningún sitio». Su reprehensión de los posibles saboteadores del Brexit a ambos lados del Canal puso al patriotismo británico a un nivel más alto que en cualquier otro momento desde el espasmo de imperialismo tardío de la incursión de Thatcher en el Atlántico Sur. Un año después del referéndum, el apoyo a la separación completa de la UE suponía un voto en favor del tradicional partido de gobierno del país.

Si la hostilidad hacia Bruselas y los inmigrantes, contemplada desde cualquier ángulo, hubiera sido realmente el motor subyacente de la votación por el Brexit, la postura de línea dura de May habría merecido una abrumadora victoria conservadora el 8 de junio de 2017. Y las elecciones generales mostraron, en efecto, que una gran porción del electorado estaba con ella. A pesar de una campaña vacilante, aumentó la participación de los conservadores en el voto popular en seis puntos porcentuales con respecto al porcentaje alcanzado por Cameron hace dos años. Con el 42,4 por 100 de los votos, el resultado de May igualó al de Thatcher en 1983 y superó al de Major en 1992, cuando el tamaño absoluto del voto *tory* alcanzó un máximo histórico. La confianza conservadora en una victoria espectacular residía, en buena medida, en el colapso del Partido de la Independencia del Reino Unido [UKIP], una organización derechista de protesta contraria a la UE que perdió su *raison d'être* con el éxito del Brexit el año pasado. Su eclipse liberó 3,3 millones de papeletas en las urnas que May se creía con

derecho a reclamar como suyos. De los *tories* habían salido más votantes al UKIP que de los laboristas y en 2017 muchos de ellos hicieron el camino de vuelta: el 57 por 100 optó por los conservadores de May, cuya consolidación de la derecha política en torno a la promesa de un Brexit duro había ganado credibilidad, como se pretendía, entre la ciudadanía más partidaria del abandono de la Unión Europea.

Un 4 por 100 de variación fue suficiente para permitir que los *tories* superaran a los laboristas en Middlesbrough South and East Cleveland –un distrito electoral urbano-rural situado en la parte inferior del bloque rojo que se extiende hasta la antigua franja costera industrial del North East–, donde dos de cada tres electores votaron por el Brexit el verano pasado. Cambios del 6 al 7 por 100 arrebataron al laborismo la empobrecida circunscripción de Walsall North en las West Midlands, donde se registró el voto más alto de todo el Reino Unido a favor de la salida de la Unión Europea (74 por 100), después de Boston y Skegness en el Lincolnshire, que ya estaban en manos de los conservadores, y Mansfield, en la antigua zona carbonífera de Nottinghamshire, que siempre había sido un bastión del sindicalismo derechista. Tras lanzar su manifiesto en una antigua fábrica de alfombras en la ciudad de Halifax, en el oeste de Yorkshire, ciudad en la que el 58 por 100 había votado por el abandono y donde el diputado laborista sólo tenía una mayoría de algo más de cuatrocientos votos[66], May apostó por reproducir esas ganancias en las Midlands, el Norte y Gales. Sus expectativas andaban muy descaminadas. En Halifax el Partido Laborista decuplicó su exigua mayoría, arrebatando otros cuatro distritos electorales fabriles a los *tories*. El pueblo pesquero de Hull, en la deprimida costa oriental, donde el 73 por 100 del electorado optó en el referéndum por el abandono –la proporción más alta en cualquier circunscripción del Norte–, otorgó al candidato conservador cinco mil votos más que en 2015, pero el apoyo al laborista, que ya ocupaba el escaño, también aumentó; menos, pero lo suficiente para conservarlo cómodamente. En total, May sólo ganó tres escaños nuevos en el Norte y cuatro en las Midlands[67].

---

[66] El sitio elegido, Dean Clough Mills, cerró en la recesión de Thatcher para ser reconstruido como un parque de negocios y complejo de artes por un magnate del textil y el negocio inmobiliario nacido en Bolton. Dean Clough es excepcional: de las mil quinientas fábricas textiles que todavía quedan en West Riding, mil trecientas cincuenta siguen subutilizadas o vacías: Engines of Prosperity: new uses for old mills», Historic England (organismo paraestatal), 30 de junio de 2016, p. 2.

[67] Las únicas ganancias conservadoras en el Norte, a excepción del sur de Middlesbrough, fueron los distinguidos distritos de Southport en los alrededores de Merseyside, a los Liberal-Demócratas, y Copeland, en el oeste de Cumberland, sede del complejo nuclear de Sellafield, que ya habían arrebatado a los laboristas en unas elecciones anticipadas cuatro meses antes.

El hecho central de las elecciones fue, en cambio, los resultados obtenidos por el Partido Laborista, que con Corbyn aumentaron un tercio, llegando al 40 por 100: entre tres y cuatro puntos más que Cameron cuando éste ganó las elecciones de 2010 y 2015, y cinco puntos por encima de Blair cuando fue reelegido en 2005. Fue una gran sorpresa. Corbyn había pasado la mayor parte de los dos últimos años siendo acosado, incluso por su propia fracción parlamentaria, como el peor líder de la historia del Partido Laborista, una desdichada figura que repelía a los votantes de alto y bajo nivel. Pero tras ser elegido dos veces por grandes y entusiastas mayorías de miembros del partido galvanizados por su franco discurso de izquierdas, y con el dinamismo de su organización de apoyo Momentum, el líder laborista hizo un uso eficaz de las redes sociales para eludir la hostilidad universal de los canales del *establishment*. Con los críticos blairitas acallados y con las televisiones obligadas a concederle tiempo en antena, Cobyn hizo una campaña notable, superando a May en las pantallas de televisión y en las calles y agregando 3,5 millones de votos a la cuenta de los obtenidos por los laboristas con Miliband en 2015, en unas elecciones en las que la participación fue la mayor en dos décadas.

Los laboristas arrebataron escaños a los conservadores en todas las regiones de Inglaterra, pero fue en el Norte donde más ganaron: un tercio del total. En Stockton South, en Teesside, prescindieron del ministro de Cameron encargado de la iniciativa del Northern Powerhouse. Consolidaron su victoria en las principales ciudades del Norte derrotando a Nick Clegg en Sheffield y a otro Lib-Dem en Leeds. Los antiguos socios de coalición de Cameron se quedaron con sólo un escaño en el Norte, el ganado por el ineficaz sucesor de Clegg como líder del partido, Tim Farron, aferrado a los votos rurales de Cumbria. Pero si bien los condados *tories* se mantuvieron firmes en su apoyo a May, Corbyn ganó distritos meridionales, desde Plymouth en el oeste a Canterbury en el este –dos distritos con grandes poblaciones estudiantiles–, así como cuatro escaños en la capital. Obtuvo veintisiete escaños ingleses en total, en gran parte a expensas de May, logrando una ganancia neta de veintiuno. Un salto similar en la popularidad del Partido Laborista le permitió arrebatar tres escaños a los conservadores en Gales. Hubo también cierto resurgimiento laborista en el cinturón central, situado entre Glasgow y East Lothian, donde el laborismo escocés blairita había sido merecidamente derrotado por el SNP en 2015[68]. May necesitó una docena de

[68] Ganancias por región amplia: Norte nueve, Sur siete, Escocia seis, Midlands cuatro, Londres cuatro, País de Gales tres, el Este tres. Pérdidas: Midlands cuatro, Norte dos.

victorias sobre el SNP, principalmente en el nordeste de Escocia y en la frontera, para mitigar un triste resultado en Inglaterra, donde, como en País de Gales, la cuota de votos del Partido Laborista aumentó dos veces más que la de los *tories*. La primera ministra sufrió una pérdida neta de trece escaños para dejar a su partido con un total de trescientos dieciocho, cuatro menos de la mayoría, en la Cámara de los Comunes.

La clave para el éxito de Corbyn radicó en el programa que presentó el Partido Laborista, que suponía invertir la austeridad conservadora-liberal infligida a escala regional, mediante impuestos redistributivos que recaerían directamente sobre la elite londinense: subida del impuesto sobre la renta al 5 por 100 más rico, una tasa sobre las transacciones financieras de la City y la reversión de los obsequios de Osborne a las corporaciones más ricas. La reforma fiscal para financiar los gastos sociales, la renacionalización de ciertos servicios públicos y los ferrocarriles (impensable en la UE), la abolición de las tasas universitarias –impuestas por Blair en 1998 y triplicadas en 2010 por la coalición a 9.000 libras esterlinas por año en Inglaterra entre protestas estudiantiles masivas– atrajeron a antiguos no votantes y jóvenes *millenials* que han llegado a la madurez cuando la ideología neoliberal ya no es tan incuestionada, y que tienen todo tipo de razones para votar en contra de la degradación por los conservadores de las prestaciones de bienestar y de la educación. La aceptación por Corbyn del veredicto del referéndum –que suscitó un aluvión de protestas de los medios de comunicación partidarios de la permanencia de Londres– contuvo un potencial estallido de votantes abandonistas agraviados, pero el Brexit estaba muy por detrás de los servicios sanitarios y los recortes del gasto entre las prioridades de los 12,9 millones de votantes laboristas[69].

En términos sociales, los primeros datos indican que el Partido Laborista conservó su preeminencia entre los trabajadores semicualificados, no cualificados, casuales y desempleados (categorías D y E, correspondientes a la clasificación socioeconómica oficial británica), obteniendo el 44 por 100 de sus votos, según YouGov, frente al 41 por 100 de los conservadores (un estudio alternativo sugiere una distancia de doce puntos entre ambos partidos en favor de los laboristas). Por otra parte, los trabajadores manuales cualificados (C2) siguieron inclinándose por los conservadores, con el 47 frente al 40 por 100, un margen ligeramente mayor (dos puntos) que en la elección anterior, mientras que

[69] «How did this result happen?», Lord Ashcroft Polls, 9 de junio de 2017.

los laboristas mejoraron posiciones entre los votantes de clase media y media-baja (C1), entre los que Cameron había disfrutado de una ventaja de ocho puntos: la línea más blanda del Partido Laborista sobre el Brexit podría ser una de las razones. De manera parecida se redujo a la mitad, de dieciséis puntos a ocho, la ventaja conservadora entre las clases profesionales y administrativas (A, B). Más sorprendente resulta que Corbyn obtuviera el apoyo de dos tercios de los votantes entre 18 y 24 años, y de más de la mitad de los de 25 a 34 años, mientras que los conservadores siguieron venciendo entre los electores de 45 años o más[70].

La profunda crisis de Ukania

El resultado de las elecciones generales es doble. En primer lugar, un gobierno conservador debilitado tiene ahora que buscar el apoyo de los defensores de Ukania en la agitada franja celta. La mayoría de May en los Comunes depende de los trece escaños obtenidos por los conservadores escoceses y los diez del Partido Unionista Democrático de Irlanda del Norte, un grupo presbiteriano-orangista que combina el fanatismo anticatólico, el conservadurismo social en general y la economía libre de mercado con bajos impuestos[71]. La amenaza para Ukania de un debilitado SNP se ha atenuado un poco, pero ahora se agudizan los problemas relacionados con la partición irlandesa, ya que Whitehall no puede fingir una posición de intermediario honesto en las conversaciones entre el DUP y los republicanos sobre la reanudación de la devolución a Belfast del poder compartido. Incluso con el apoyo de los ultras protestantes del norte de Irlanda, a May le quedan pocas alternativas, aparte de un puñado de elecciones parciales, que la saquen de una total impotencia legislativa.

En segundo lugar, el Partido Laborista, con un liderazgo más marcadamente socialista, notablemente radical para los estándares británicos recientes y respaldado por una creciente izquierda no parlamentaria, ha obtenido sus primeras ganancias en los Comunes en los últimos veinte años en unas elecciones generales. Corbyn y McDonnell han salido muy fortalecidos frente a la fracción parlamentaria del Partido. Su avance se

---

[70] *Ibid.*
[71] El DUP incorporó la defensa de los derechos universales al bienestar y la pensión pública en su último manifiesto, pero antes se había alineado con Osborne contra el Sinn Féin en un enfrentamiento sobre la implementación de los recortes de ayudas propuestos por la coalición de Westminster. Las transferencias monetarias concedidas por May tendrán más que ver con el clientelismo de tapadillo que con la política antiausteridad.

ve propulsado por la misma dinámica que dio la victoria a los partidarios del abandono. Estas dos rebeliones electorales han mostrado la enorme amplitud del sentimiento *antiestablishment* que se venía acumulando en regiones y localidades desde hace mucho tiempo preteridas. En todo el país, la victoria del Brexit en 2016 fue consecuencia de muy diversos elementos, entre ellos la incuestionable hostilidad hacia los inmigrantes y la nostalgia del imperio. Pero de las elecciones de 2017 cabe deducir que no fue sólo un estallido xenófobo, sino una protesta social más profunda contra la acumulación de ruinas socioespaciales creadas por los regímenes neoliberales desde 1977 en adelante. Como respuesta, May ofreció sólo gestos verbales y placebos, contando con el chovinismo tradicional en la creencia –compartida por prácticamente todo el *establishment* liberal– de que era la fuerza dominante en el voto Brexit. Corbyn y McDonnell, en cambio, con la ayuda de Seumas Milne, estratega de la campaña, comprendieron su significado más amplio y respondieron con un llamamiento sin precedentes para iniciar un derribo de la herencia thatcherista. Todavía hay mucho camino por recorrer, si se pretende superar las tradiciones laboristas de insensibilidad regional, pero ahora hay menos obstáculos en él. Contra toda predicción, las elecciones demostraron la capacidad de Corbyn para movilizar a un gran número de votantes jóvenes y obtener el apoyo de un amplio espectro social. La izquierda británica nunca antes había tenido tanto viento electoral en sus velas, ni un líder con semejantes características. El corbynismo está en vías de demoler el pilar que el Nuevo Laborismo significó para el consenso de Westminster, dejando al descubierto a su equivalente conservador.

La euforia ilusionada ante este giro de los acontecimientos sería prematura, por decir poco. La maquinaria laborista sigue todavía en buena medida en manos de acostumbrados fieles servidores de la derecha. Corbyn sigue siendo un intruso en los Comunes que apenas puede reunir a un equipo ágil a partir de un grupo parlamentario hostil. Su liderazgo puede considerarse afortunado por no haber sido repentinamente propulsado a Downing Street, cargo para el que carece de preparación. Mucho más que cualquier gobierno anterior del Partido Laborista, el suyo constituiría hoy «un enclave aislado bajo los proyectores, rodeado por casi todos lados por territorio hostil»[72]. Al igual que el voto Brexit, una victoria directa de Corbyn habría sido políticamente caótica y desestabilizadora para el capitalismo británico, pero esa perspectiva no

[72] Perry Anderson, «Origins of the present crisis», *NLR* 1/23, enero-febrero de 1964, p. 49.

amortiguó en absoluto su atractivo popular, sino que, por el contrario, parecía desearse con alborozo: la prensa empresarial tiene todos los motivos para alarmarse.

Las urnas de Westminster deberían ser dispositivos más seguros que los referendos, pero la elite gobernante no volverá a arriesgar a la ligera sus intereses en ningún tipo de votación popular. Sin embargo, eso plantea un problema, ya que últimamente el Reino Unido ha venido gestionando la creciente tensión política mediante frecuentes apelaciones al pueblo: nada menos que once referendos a escala de toda Ukania o de las naciones en proceso de recuperación de poderes desde el colapso del *boom* de posguerra a principios de la década de 1970, por no mencionar las dos últimas elecciones generales en sólo dos años. Thomas Carlyle hablaba, después de la huelga general cartista de 1842 originada en Manchester, de una «parálisis fatal que se ha extendido hacia adentro desde las extremidades»[73]. Hoy es el malestar político del Norte, menos activo y articulado que en la tumultuosa Escocia, el que se transmite a un Westminster inmovilizado. El intento de May de cubrir con la Union Jack los cismas de Ukania tuvo cierto éxito en Escocia, donde los sectores antiindependentistas se han reagrupado, pero no ha logrado ocultar la brecha abierta entre las dos mitades de Inglaterra. El Norte se negó decididamente a alinearse tras un gobierno pro Brexit, pero empeñado en la austeridad. El rudo trato infligido a las regiones del maltrecho cinturón industrial durante más de cuarenta años de thatcherismo ha bloqueado inadvertidamente la opción de un segundo referéndum para evitar la despedida inminente de Bruselas y ahora ha socavado gravemente la capacidad del *establishment* conservador para gestionar los negocios del gobierno de Su Majestad. Las instituciones gobernantes de Gran Bretaña, y el capitalismo centrado en la City que supervisan, encuentran repentinamente demasiado agobiante el dogal del Norte alrededor de sus cuellos.

14 de junio de 2017

[73] Thomas Carlyle, *Past and Present* [1843], Londres, 1870, p. 9.